

ta el día, las Colonias Escolares se componían sólo de niños (hablo de España; supongo que en el extranjero está planteado hace años el sistema mixto).

No concibo obra benéfica que no sea mixta (siendo genérica, se entiende, como esta de las Colonias Escolares). Tratándose de evitar, en sus orígenes, la depauperación de la raza, dando a las criaturas aire, juego, cultura y hábitos de higiene y aseo, acaso se debiera haber principiado por la mujer, de la cual la raza se forma, y que ya sufre tanta injusta exclusión en otros terrenos, en infinitas relaciones de la vida. Difícilmente se concibe, pero tal es la fuerza de las preocupaciones hereditarias, que acaso los iniciadores de esta obra profundamente social y humana no pensaron al pronto en hacerla extensiva a la mujer. Los niños, cosa convenida, veraneaban; las niñas, no. Aquí, en Marineda de Cantabria, hemos sido los primeros, y es natural que de ello estemos algo envidiosos. Diez y seis niñas respiran ya al borde del mar, en una casita de campo, frente a la azul playa de la Lagoa, bajo la dirección de dos profesoras. Son chiquillas pobres, sorteadas entre las de las escuelas municipales. Su edad es esa en que un benéfico impulso dado al organismo puede hacer de una desequilibrada una hembra fuerte y sana, preparada para las fatigas de la maternidad y para la lucha económica. Corto es el plazo del veraneo; en esto, como en todo, se debe aspirar a mayor resultado; en vez de un mes, quisiéramos hacerlas veranear un trimestre, y aplazamos la extensión de la obra para cuando los recursos sean mayores; pero la temporada que ya aprovechan puede hacerles incalculable beneficio. Es un mes de oro, de oxigenación, de comida sana, de ejercicio y juego, de educación moral. No será perdido.

Son niñas de nueve a trece años, de sangre empobrecida, de huesos menudos, frágiles. En sus ojos, en su tez, en sus formas, hay señales inequívocas que delatan el estrago de la miseria continua, laboriosamente sufrida, de las clases humildes. No han tendido la mano en la calle, pero no han tenido todos los días en abundancia el pan. No han vestido harapos que dejen ver sus carnes, pero han aprovechado hasta el zurcido y la transparencia la ropita usada por los hermanos mayores o la madre. Son necesitadas, no son mendigas. Van a la escuela, y esto sólo las sitúa en la vida normal, las prepara al trabajo. Pero para el trabajo se ha menester salud y cierta instrucción. Ya una obrera la necesita también.

Algunas de estas criaturas muestran los estigmas de la escrofulosis. Hay una que se arrastra con muleta sobre una pierna, encogida para siempre la compañera por la coxalgia. Otra ha sentido crecer, en uno de sus hermosos ojos azules, algo tristes, la mancha blanca, como de vidrio cuajado, que lo privará de vista. Sin embargo, las dos muchachas, al verse en el campo, se llenaron de gozo, y se dieron a correr—la cojita igual que las demás—por las calles enarenadas, por el parque, al través del bosque de castaños. El bullicio de su sangre joven se despertaba al estímulo del verano y de la naturaleza. El día en que se logre proporcionarles tres meses de vacaciones escolares, el problema de su vida venidera se habrá resuelto en parte: tendrán vigor y aptitudes.

A fin de allegar recursos para esta Colonia Escolar de vacaciones de Marineda, que no tiene casa propia y debe tenerla, que hace veranear a dieciséis niñas y debe hacer veranear a cien, por lo corto (pues en la Coruña la tuberculosis hace estragos en las clases pobres, y la tuberculosis se prepara en la niñez); a fin, digo, de arbitrar fondos con tal objeto, organicé, secundada por todo el mundo, y en especial por las damas y las señoritas, que no han podido mostrarse más explícitamente favorables a la idea, y auxiliada por la infatigable actividad del cónsul argentino D. Manuel Olmos, una serie de festejos, alegres, animados, agradables, porque en las campañas de beneficencia hay que aplicar a menudo la enseñanza que contienen unos versos de Tasso:

*«Cost' allegro fanciul porgiamo asperso
di soave licor gl' i orli del vaso;
succhi amari ingannato intanto ei beve,
e dal inganno suo vita riceve.»*

Envuelta en el dulce licor del recreo viene la tónica bebida del bien realizado, el cual no debe practicarse con tristeza y murria, sino con expansivo buen humor, con esa alacridad de espíritu que hermosea la vida interior, cuando llenamos la exterior de algo, de acciones.

Los festejos de Beneficencia, en este culto pueblo (uno de los más cultos de España), están siendo recibidos de contento, derroche de dinero gastado con rumbo y discreción, señal de lo que puede y vale esto de que una ciudad esté conforme en un pensamiento y en un deseo, y sume sus fuerzas.

Los festejos de Beneficencia han sido tres: un gran

Baile de sociedad, una Kermesse al aire libre, y un Baile infantil al aire libre también, con premios de muñecas y caballos para el niño más bonito. El baile ha sido brillante, elegante, escogidísimo, lleno de *toilettes*, de señorío, de flores, de joyas, con un cotillón de sesenta parejas, regalo del comercio de esta plaza, y que sólo puedo comparar, por lo rico y abundante en figuras, a los mejores cotillones de las casas más cogotudas de Madrid.

Celebraría que algún erudito me diese una conferencia sobre el origen del *cotillón*, porque confieso que no sé palabra de esta monería salonista, ni sospecho cómo empezó a ocurrírsele a la humanidad eso de bailar agitando panderetas ó tocando trompetas de cartón. Y ello es que un baile sin cotillón es cosa insípida; que todos esos moñitos de papel picado, esas varas doradas donde tintinean leves cascabeles y frufitean cintas vaporosas, esos picudos gorros cómicos, que desfiguran a los bailarines, entre carcajadas plateadas de las parejas, esas condecoraciones burlescas, esas narices de cartón, bulbosas, donde se enciende un foco eléctrico, esas bandas de colorines, rematadas en sonajas, llevan al paroxismo el arremolinado júbilo de los finales de baile, en que hay dejos de fiebre carnavalesca. El Carnaval, la nota fina de la locura, eso es, durante todo el año, el cotillón.

También en las Kermesses—en la envolvente y dulce insinuación de las vendedoras, en su gentil estrategia para «comprometer» a los adinerados y a aquellos sobre quienes sospechan que es imán su encanto juvenil,—hay la alegría maliciosa y picaresca del disfraz, el goce de la princesa vestida de aldeana, de la señorita que no tiene que trabajar y por un momento se transforma en traficante, despacha géneros, objetos, y arranca—como he visto en esta Kermesse marinedina—cuatro libras inglesas, cuatro monedas de oro, por un cigarro puro.

Con sus bolsas de percal rameado, de floripones, con sus lazos rosa sobre el pecho, con sus trajes veraniegos, de batistas y organdies, sus pamelas inmensas, eran las vendedoras una especie de ejército de la juventud, de la felicidad, de la radiante animación, en contraste con ese otro «Ejército de salvación» londinense, cuya buena intención y cuyos merecimientos no niego, pero cuyas trazas son de los más tétrico y antiestético que cabe imaginar.

Hay dos ó tres (acaso muchas más) observaciones curiosas que hacer respecto a ciertas tendencias del espíritu que desarrolla esta guerra económica declarada por las hijas de los ricos al bolsillo de los ricos, en favor de los hijos de los pobres.

Es una de ellas que el saqueo experimenta cierto placer, cierto orgullo, en haberse dejado saquear, y lo demuestra comentando humorísticamente el saqueo, volviendo los bolsillos del revés, enseñando el portamonedas vacío, simulando terrores, fugas, desesperaciones que acaban en rendimientos; en suma, la mímica propia del caso, donde hay un fondo de delicadeza generosa y convencida de serlo.

Otra observación es que las Kermesses, excitando la imaginación y el instinto de tentar la suerte que hay en todos nosotros, que radica en el fondo de nuestro ser, atraen de un modo eficaz a la gente del pueblo, a los niños. La chiquillería nos dió un contingente importante; los chicos acudían como moscas a la miel, al cebo de la rifa. ¡Lo que habrían importunado en sus casas para conseguir las pesetas que jugaban con tanta conciencia! Ellos eran los que verdaderamente seguían, sin perder detalle, las peripecias del sorteo público. A cada vez que uno de ellos, elegido de entre los más chiquitos, metía la mano en la bolsa para extraer un número, las caras de los otros se paralizaban en una seriedad de emoción. Sus ojos, dilatados, sus oídos, aguzados, devoraban el número feliz. Y cuando a la expectación de alguno de estos precoces jugadores correspondía la realidad de un premio, ¡qué eléctrica sacudida, qué palidez repentina, qué manos trémulas de afán extendidas hacia el objeto!

A un chico de diez años le tocó un paraguas; un buen paraguas inglés, de montaje sólido, de seda recia, uno de los lotes más útiles. El chico asió el paraguas y se sintió grandecito ya, con la posesión de un artefacto que gastan los mayores, que tanto se estima en las familias, cuya pérdida constituye un pequeño conflicto doméstico.

Me intrigó el ulterior destino del paraguas. Quisiera yo que al rapaz le fuese lícito su disfrute. Todos hemos poseído nominalmente, de niños, alguna prenda ó juguete que nos ocultaban, que nos habían recogido, lo cual amenguaba nuestra dignidad.

El chico que ganó el paraguas en la rifa creo que tampoco lo disfrutó. Ha debido, con respetuosa rabia, ofrecérselo... a su abuelo.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Ayer, en una corrida de toros, yo notaba que este espectáculo, cuyo atractivo parece demostrado hasta la saciedad, es realmente uno de los que más fatigan, no ya a la parte escogida del público, sino a la más burda, a los fanáticos del tendido, a los que por no perderlo empeñan el colchón y serían capaces de vender la camisa. Y este sentimiento especial de enervamiento, de hartura, de saturación pronta, lo revela el hecho de que toda corrida que se prolonga, todo lance de la lidia que no es rápido, altera a los espectadores, encalabrina su sistema nervioso. La pesadez, en los toros, es el mayor de los errores y se castiga con grita implacable. Al bicho que embiste pronto, al lidiador que deja rápidamente el par de banderillas ó el estoque, se le agradece como si nos dispensase favor especial. Este drama es de acción, y las digresiones, en él, no se toleran. ¡Al avío!

Eran Mazzantini y *Lagartijo menor*, *Lagartijo* no sé cuántos, porque me pierdo en esta dinastía. Un moquete cetrino, ojinegro, suelto y eléctrico de movimientos como el lagartijo verdoso y menudo que reptaba al sol entre las piedras secas y calientes. En el tronco delgado, huesoso, pero bien puesto, del torerillo, hay una vida intensa, un vigor concentrado, diferente de las rudezas y materialidades del atletismo, el vigor ágil del celtíbero, su desprecio del peligro, su temeridad serena. El *niño*—así llaman a estos mozos que en el toreo principian a despuntar—juega y culebrea por entre las astas, como si no viese en ellas el horror de la muerte, sino la embriaguez ligera, espumante, de la traviesa burla. Hay en el toreo de este muchacho la alegría imprevista, libre aún del peso del destino, que los primeros años de la existencia y de la carrera imprimen a la labor del artista. Sus movimientos para evitar la embestida ó para provocarla son elásticamente felices. Su cuerpo va adonde debe ir, impulsado por corrientes de vida nerviosa, en estricta correspondencia, instintiva, con la voluntad. Esquiva y busca; retoza graciosamente, ó se planta tranquilo, aplomado, cuando adivina que la fiera no está dispuesta a arremeter. Hay entre él y la fiera armonía, unidad de combate. Y el público, encantado de la viveza, aplaude, con el presentimiento obscuro de que un día gritará de terror, cuando el lagartijo rápido sea alzado en el sangriento pitón ardiente...

Y allí estaban, formando contraste violento, Mazzantini con su corpulencia de titán, su fuerza hercúlea, que le permite sujetar y colear un largo minuto a un toro, sin que el animal consiga desprenderse de la tenaza de aquellas manos anchas, bien cuidadas, y del menudo y delgado torerillo, deslizándose ó parándose en seco, con el donaire de una mulilla joven, antes de que la carga y el laboreo le hayan robado el esplendor de su energía salvaje.

En este que no llamaré rincón, pues ese nombre envuelve algo de minorativo, pero sí extremo de España, tenemos la satisfacción de haber visto realizada la primera Colonia Escolar *mixta* de vacaciones. Has-